



**TEXTO FRANCISCANO:
EN EL AÑO 1206 FRANCISCO
MARCHA A ROMA COMO
PEREGRINO 2CEL 8; LM1,6; TC
10**

**TEXTO BÍBLICO: "ID POR
TODO EL MUNDO
ANUNCIANDO ESTA BUENA
NOTICIA A TODA LA
HUMANIDAD" MC 16**

BIOGRAFÍA DE LA HERMANA INES ARANGO

Nació en Medellín, (Colombia), en el año 1937, en una familia muy cristiana. Sus padres Fabriciano y Magdalena tuvieron 12 hijos, 7 varones y 5 mujeres. Cuatro de estas hijas llegarán a ser religiosas. A los 17 años ingresó en la congregación de Hnas. Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia. Terminada su formación, hizo su profesión religiosa el 7 de julio de 1956. Durante 20 años dedicará su vida apostólica a la enseñanza en los diferentes colegios que la Congregación tiene en Colombia. Siempre soñando con ser misionera, se ofreció a ir a varias misiones de la Congregación. Por fin en el año 1977 pudo cumplir su sueño: fue enviada a la misión de Aguarico en el Ecuador, en plena Amazonía. Allí su opción fue por las minorías étnicas, uniéndose a Monseñor Alejandro Labaka en sus contactos con los huaorani. Aprendió su idioma, permaneció largas etapas conviviendo con ellos. Por fin se ofreció a acompañar a su Obispo en el intento de contactar a los tagaeri. La madrugada del 21 de julio de 1987, antes de salir para aquel viaje de aventura, dejó escrito su testamento: "Si muero, me voy feliz y ojalá nadie sepa nada de mí. Siempre con todos. Inés". Y fue dos veces "mártir", pues presenció como moría por las lanzas su Obispo y luego fue asesinada ella. En la catedral de Coca (Orellana-Ecuador), están las tumbas de estos dos heroicos misioneros. Sobre ellas se ha escrito esta frase: "No hay amor más grande que dar la vida por aquellos a quienes se ama (Juan 15,13).

HASTA DAR LA VIDA



Alejandro Labaka nació en Beizama el 19 de abril de 1920. Marcha al Seminario Capuchino de Alsasua a los doce años. Tras cursar el bachiller pasa al noviciado de Sangüesa el 14 de agosto de 1937. Profesa al año siguiente y se hace capuchino. Es ordenado sacerdote el 22 de diciembre de 1945. El 26 de agosto de 1946 va de misionero a Pingliang, China. Allí permanece hasta 1953. Seis años muy duros. Vuelve de nuevo a España, donde pasa un año. Pide y es enviado como misionero al Ecuador, a la selva del Aguarico. Allí pasa 33 años entre tribus indígenas. Es adoptado como hijo por la tribu de los Huaorani. Es consagrado obispo de la misión del Aguarico, Ecuador. Tras varias intentonas de entrar en una tribu aislada, inaccesible hasta entonces, los Tagaeri, decidió él mismo, con la hermana Inés, aterrizar y entrar hasta el campamento de los Tagaeri. A los tres días volvió la avioneta. El 21 de Julio de 1987 aparecieron sus cadáveres alanceados en una senda. Los compañeros capuchinos José Miguel Godáraz y Roque Grández recogieron los cadáveres y las lanzas.

Valor: COMPROMISO

En 1976, cuando se encontró por primera vez con un grupo de waorani poco contactados, Alejandro tenía ya 56 años. La experiencia de vivir con ellos, en sus bohíos, sin ningún otro misionero que le acompañara, con un inicial desconocimiento de su idioma, le causó un fuerte impacto. Hacía falta tener valor a toda prueba, también enorme resistencia física y psicológica. No solamente existía el peligro de ser lanceado, es que sus costumbres de vida suponían un reto muy rudo para cualquier extraño.

Él se lo tomó desde el inicio como una gran oportunidad. En su concepción religiosa eran hermanos, criaturas de Dios como él mismo; solo que en un estado o estilo de humanidad tan diferente al suyo en algunos aspectos que los días junto a ellos eran de continua sorpresa y aprendizaje. Porque era él quien se tenía que acomodar a ellos, era él quien debía respetar y aprender el abecedario de humanidad que ellos habían creado de manera tan original dentro del deslumbrante mundo selvático.

En su libro CRÓNICA HUAORANI el misionero describe una sencilla escena que él vivió con profundidad espiritual. Sintió que una familia le acogía de una manera que creyó especial. Al menos sí lo fue para él. En plena noche, dentro de la casa de hojas, a la dudosa luz de la lumbre, él se arrodilló y se ofreció como hijo de la pareja waorani con quien convivía. Es más que probable que su vivencia no tuviera la misma trascendencia para sus anfitriones. En cambio para él significó lo más semejante a una reencarnación en esa nueva cultura, de manera que los esfuer-

zos que hizo luego para comprenderla, respetarla y amarla, fueron incontables. Al menos de su parte, él se consideró hasta su muerte hijo y hermano de aquéllos en cuya casa cayó de rodillas.

Seguramente, dadas sus creencias, Alejandro pensó en la pregunta evangélica: ¿puede uno nacer siendo ya viejo? Porque lo que él quiso, en efecto, no solo fue conocer y respetar a ese pueblo selvático, sino algo más que eso. Les admiró tanto, se apenaba de tal manera por el difícil porvenir que les aguardaba, que quiso hacerse, en lo posible, como uno de ellos. O, al menos, abrazar su causa, defender su vida. Es decir, el derecho a sus amplios territorios, la potestad de elegir sin presiones las futuras formas de vida, mantener sus costumbres y ser protegidos por el Estado de la invasión o el acoso.

Al mismo tiempo que los visitaba (sin vivir entre ellos para no influenciar demasiado su vida), Alejandro emprendió una auténtica cruzada legal y política, que no cesó hasta su muerte, para la preservación de esa forma de vida wao. Desde 1977 pidió la concesión de un territorio que salvaguardara el presente y futuro del pueblo. En los periódicos del tiempo podríamos comprobar hasta qué punto ese tipo de propuestas recibieron indiferencia o burlas. Pero el tiempo le ha dado la razón.

Alejandro no llegó a esas conclusiones desde el estudio, la antropología o la política. Él, simplemente, se puso a vivir con ellos, se acercó hasta hacerse hermano de ellos. Y, así, pudo valorarlos y admirarlos como muy pocos lo han conseguido. En este caso, trazó el puente o acercamiento más radical de todos los suyos. Se puso en el lugar de los más débiles y perseguidos, aprendió su punto de vista y, de esa manera,

quiso transmitir a todo el país la conveniencia de mirar el problema, ante todo no como una explotación económica, sino como una cuestión de humanidad.

Porque era así como los comprendía el misionero. Un estilo de ser personas tan despojado de objetos útiles o inútiles, tan resumido en los valores fundamentales, que le parecía prodigioso. No ya un tesoro cultural, una reliquia de la historia amazónica, o señores en el interior de una naturaleza privilegiada, sino como un último y precioso refugio de humanidad.

Esta de la defensa de los grupos ocultos en la selva es parte de su mejor herencia. Entre tantas palabras vanas como a veces escuchamos, ¡cuáles tendrán más valor que estas tuyas, llevadas al extremo del valor hasta ser rubricadas por la firma de las lanzas!

